

que entraba comparada con la que se pudiese hacer salir; entraba un tonel de agua y salía un vaso.

Al ver esto exclamó el jefe.

—Aligeremos el barco!

Durante la tempestad habian amarrado algunos cofres que estaban sobre el puente y permanecian atados al pedazo del mástil. Deshicieron las amarras y echaron los cofres al agua: una de esas balijas pertenecía á la mujer vascongada, y al verla caer en el mar no pudo contener un suspiro y exclamó:

—¡Oh, mi capa nueva, forrada de escarlata! Mis medias finas! ¡Mis arracadas de plata para ir al Mes de María!

Desembarazóse el puente y luego le tocó el turno á la cala, que estaba muy llena. Contenia los bagajes de los pasajeros y los fardos de los marineros: cogieron unos y otros y los arrojaron tambien al Océano.

Acabaron de vaciar la cala, sacando de ella todos los demás objetos que contenia; la linterna, los barriles y la marmita con la sopa fueron á parar á las olas. En una palabra, arrojaron al mar, además de los objetos, todo cuanto pudieron arrancar de peso del bastimento.

De vez en cuando el jefe de la partida tomaba una antorcha, y, paseándola por las cifras pintadas en la delantera del navío, miraba desde allí dónde seria el sitio de su naufragio.

XVIII.

El recurso supremo.

El barco, aligerado, se hundía algo menos, pero se hundía.

La desesperacion de la situacion de los naufragos no admitia paliativos ni recurso alguno, habiendo ya agotado el último.

—¿Queda algo más que arrojar á las olas? preguntó el jefe.

El doctor, personaje en el que nadie pensaba, saliendo de la cala, contestó:

—Sí.

—¿Qué queda que arrojar?

—Nuestro crimen.

Todos se estremecieron y todos contestaron:

—Amén.

El doctor, pálido y de pié, levantando al cielo el dedo, exclamó:

—De rodillas!

Todos le obedecieron maquinalmente.

—Arrojemos al mar nuestros delitos; pesan sobre nosotros, y ellos son los que

hunden el navío. Pensemos en nuestra salvacion eterna. Nuestro último crimen, el que acabamos de cometer, ó por mejor decir, de completar, nos oprime. Es impía insolencia tentar al abismo cuando se deja detrás la intencion de un asesinato; lo que se hace contra un niño se hace contra Dios. Era preciso embarcarnos, ya lo sé, pero esto fué correr á una perdicion segura. Las tinieblas participaron lo que hicimos á la tempestad, y ésta se arrojó sobre nosotros. Hizo bien. No echeis nada de menos. Existen, no lejos de nosotros, las arenas de Vauville y el cabo de la Hougue, que pertenecen á la Francia. Solo hay un posible refugio para nosotros en España, porque la Francia no es tan peligrosa como la Inglaterra. Al salvarnos del mar hubiéramos caido en la horca. Era preciso elegir entre ahogarnos ó ser ahorcados: Dios ha elegido por nosotros. Démosle las gracias, porque nos concede la muerte que lava. Era esto inevitable. Pensad que está reciente el haber hecho lo posible por enviar allá arriba un niño, y que quizás en este momento en que os hablo se cierne sobre nuestras cabezas un alma que nos acusa ante un Juez que nos mira. Aprovechemos el plazo supremo. Esforcémonos, si es posible, en reparar en lo que dependa de nosotros el mal que hicimos. Si el niño nos sobrevive, socorrámosle; si muere, que nos perdona. Desembaracémonos de este crimen, descarguemos de este peso la conciencia. Tratemos de que ante Dios no sean sorbidas nuestras almas, porque ese es el naufragio más terrible. Los cuerpos son pasto de los peces, pero las almas, de los demonios. ¡Que Dios tenga piedad de nosotros! El arrepentimiento es un buque que nunca se sumerge. ¿Decís que no teneis brújula? Eso es un error, porque debe ser vuestra brújula la oracion.

Los lobos se convirtieron en corderos. Semejantes transformaciones se operan en la agonía; en ella acontece que los tigres lamen el crucifijo. Cuando la puerta sombría se entreabre, creer es difícil, pero no creer es imposible. Por imperfectos que sean los diversos bosquejos de religiones adoptados por el hombre, hasta cuando la creencia es informe, hasta cuando el contorno del dogma no se acopla bien á los lineamientos de la eternidad entrevista, hay siempre un estremecimiento del alma en el minuto supremo. Algo empieza despues de la

vida, que hace presion en la agonía.

La agonía es un plazo, y en ella sentimos en nosotros la responsabilidad difusa; lo que fué complica lo que será. El pasado vuelve y entra en el porvenir. Lo conocido se convierte en abismo como lo desconocido, y estos dos principios, el uno que encierra las faltas y el otro la esperanza, mezclan su reverberacion; la confusion de estos dos abismos espanta al moribundo.

Los naufragos habian ya gastado la última esperanza de la vida, por eso miraban al cielo; solo podian confiar ya en esa sombra. Al comprenderlo tuvieron un deslumbramiento lúgubre, al que siguió una recaída de horror. Lo que se comprende en la agonía se parece á lo que se percibe en el relámpago. Todo y despues nada. Se vé y ya no se vé. Despues de la muerte se volverán á abrir los ojos, y lo que fué un relámpago se convertirá en un sol.

Los naufragos se volvieron hácia el doctor, diciéndole:

—A tí, á tí solo obedeceremos... ¿qué hemos de hacer?... habla.

El viejo respondió:

—Se trata de pasar por encima del precipicio desconocido y de alcanzar el otro límite de la vida que está más allá de la tumba. Siendo yo el que sé más, estoy más en peligro que vosotros, y hacéis bien de dejar la eleccion al que lleva la carga más pesada. La ciencia pesa sobre la conciencia.

Despues de una breve pausa preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Poco más de un cuarto de hora, respondió Galdeazun.

El doctor sacó del bolsillo el tintero y la pluma, de la cartera sacó un pergamino, el pergamino en cuyo reverso escribió algunas horas antes unas veinte líneas estrechas y tortuosas.

—Acercadme esa antorcha, dijo.

La nieve, cayendo como la espuma de una catarata, habia apagado las antorchas una tras otra, dejando solo una encendida. Ave-María la arrancó del agujero y se colocó de pié al lado del doctor, alumbrándole.

El doctor se escondió la cartera en el bolsillo, dejó el tintero en el suelo, desplegó el pergamino y dijo:

—Escuchad.

Entonces, en medio del mar, sobre los restos de la *Matutina*, empezó con gravedad una lectura que la oscuridad parecia que escuchaba. Todos los naufragos bajaban la cabeza alrededor del anciano;

el reflejo de la antorcha acentuaba la palidez de sus semblantes. Lo que el doctor leía estaba escrito en inglés. Por intervalos, cuando alguna de las miradas daba á entender no haber comprendido lo que se leía, el doctor repetía en francés, en español ó en vascongado el pasaje oscuro. Se oian sollozos ahogados y sordos golpes de pechos. Los restos de la urca continuaban sumergiéndose.

Terminada la lectura, el doctor puso llano el pergamino, tomó la pluma, y en un márgen que estaba en blanco á la parte de debajo de lo que estaba escrito firmó:

El doctor Gerhardus Geestemunde.

Despues, volviéndose hácia los otros, les dijo:

—Venid y firmad.

La vascongada se acercó, tomó la pluma y escribió: *Asuncion.*

Pasó la pluma á la irlandesa, la que, no sabiendo escribir, trazó una cruz. El doctor puso al lado de ésta: *Bárbara Fermoy*, de la isla Tyrryí, en las Edndas.

Luego dió la pluma al jefe de la partida.

El jefe firmó *Gaizdorra, captal.*

El genovés, debajo del jefe puso *Giangirase.*

El hijo del Languedoc firmó *Jacobo Quatourze*, llamado el *Narbonés.*

El provenzal firmó *Luc-Pierre Capparoupe*, del presidio de Mahon.

Debajo de las firmas el doctor escribió esta nota:

—“De los tres hombres de la tripulacion (habiendo sido arrebatado el patron por un golpe de mar) solo quedaron dos, que firmaron.”

Los dos marineros pusieron sus nombres bajo la nota. El vasco del Norte firmó *Galdeazun*; el del Sur, *Ave-María, ladron.*

Despues dijo el doctor:

—Capparoupe.

—Presente, contestó el provenzal.

—¿Conservas la calabaza de Hardquanonne?

—Sí.

—Dámela.

Capparoupe bebió el último trago de aguardiente que quedaba y se la entregó al doctor.

Los restos de la *Matutina* se hundian más cada vez en el mar. Cubría los bordes del puente en plano inclinado una pequeña ola, que iba engrosando.

El doctor secó la tinta de las firmas con la llama de la antorcha, dobló el pergamino en dobleces más pequeños

que el diámetro del cuello de una botella y lo introdujo en la calabaza.

—El tapon, dijo.

—No sé dónde ha ido á parar, contestó Capgaroupe.

—Aquí teneis un cabo de járcia, repuso Jacó Quatourze.

El doctor le hizo servir de tapon de la calabaza y exclamó:

—Traedme alquitran.

Galdeazun, apoyando un apagador de estopa sobre la granada brulote, que se extinguía, la descolgó del estrave y se la trajo al doctor medio llena de alquitran hirviendo.

—Esto es hecho, dijo el anciano calvo,

De todos los labios salió vagamente tartamudeado en todas las lenguas el murmullo lúgubre de las catacumbas:

—Así sea!

—*Mea culpa!*

—*Ansi soit-il.*

—*Aro rai!* (1)

—Amén.

Parecía que se oían dispersarse en las tinieblas las sombrías voces de la torre de Babel, rechazadas por la cólera celeste.

El doctor volvió las espaldas á sus compañeros de crimen y de agonía y dió algunos pasos hácia las costillas del buque; al llegar al borde de éste, miró al infinito y exclamó con profundo acento:

—*Bist du bei mir?* (2)

Probablemente hablaba á algun espectro. Los restos de la urca se hundían.

Como el doctor, los otros náufragos pensaban en su salvacion eterna. La oracion tiene gran fuerza; estaban arrodillados y habia algo de involuntario en su contricion. Se encorvaban, como se dobla una vela cuando el viento le falta, y este grupo esquivo adquiria poco á poco, por la juncion de las manos y por el abatimiento de las frentes, la actitud, diversa, pero desesperada, de no tener completa confianza en Dios. No sé qué venerable reflejo, salido del abismo, se bosquejaba en sus malvados rostros.

El doctor se acercó á ellos. Cualquiera que fuese su pasado, era valiente en presencia del sacrificio. La vaga reticencia de lo que le rodeaba le preocupaba sin desconcertarle. Sentía en él el horror tranquilo y la majestad de la comprension de Dios se pintaba en su fisonomía. Contempló un momento el infinito y el mar y dijo:

(1) Patois romano.

(2) Estás cerca de mí?

—Ahora vamos á morir.

Después tomó la antorcha que sostenía aun Ave-María y la sacudió; luego la arrojó á las olas.

Apagada la antorcha, se quedaron sin claridad ninguna; no hubo ya para ellos más que la inmensa sombra desconocida, como si la tumba se les cerrase.

El doctor decía:

—Recemos.

Todos se arrodillaron, pero esta vez no se arrodillaron ya en la nieve, sino en el agua. Les quedaban pocos minutos de vida. Solo el doctor permanecía en pié. Los copos de nieve, parándose encima de él, le llenaban de lágrimas blancas y le hacían visible sobre el fondo de la oscuridad, como si fuese la estatua parlante de las tinieblas.

El doctor hizo la señal de la cruz y levantó la voz, mientras que sus piés comenzaban la oscilacion casi visible que anuncia el instante en que el barco vá á sumergirse.

—*Pater noster qui est in celis*, dijo.

El provenzal repitió en francés:

—*Nostre pere qui etes aux cieus.*

La irlandesa repitió en su lengua:

—*Ar nathair ata ar neamh.*

El doctor continuó:

—*Sanctificetur nonem tuum.*

—*Que votre nom soit sanctifié*, contestó

el provenzal.

—*Naonahthar haimn*, dijo la irlandesa.

—*Adveniat regnum tuum*, prosiguió el

doctor.

—*Que votre regne arrive*, dijo el

provenzal.

—*Tigeadh do rioghachd*, dijo la irlandesa.

A los arrodillados les llegaba el agua hasta la espalda.

El doctor repuso:

—*Fiat voluntas tua.*

—*Que votre volonte soit faite*, balbuceó

el provenzal.

La irlandesa y la vascongada lanzaron un grito.

—*Deuntar do thoil ar au thamb!*

—*Sicut in celo et in terra*, continuó el

doctor.

Pero no le respondió ya ninguna voz.

El doctor bajó los ojos. Sus compañeros

todos estaban debajo del agua, se habían dejado ahogar de rodillas.

El doctor cogió con la mano derecha

la calabaza y la levantó por encima de

la cabeza.

Los restos de la urca se acabaron de

hundir. Al sumergirse, el doctor murmuraba el resto de la oracion. Su busto

permaneció un minuto fuera del agua; después solo se vió su cabeza, y por fin solo ya el brazo levantado, que sostenía la calabaza, como enseñándosela al infinito.

El brazo desapareció. La mar no presentaba el más ligero pliegue; estaba como un tonel de aceite. La nieve continuaba cayendo.

Algo que sobrenadaba se deslizaba por la superficie del mar, en medio de la sombra: era la alquitranada calabaza, que su amazon de mimbres sostenía.

LIBRO TERCERO

El niño en la oscuridad.

I.

El Chess-Hill.

La tempestad no era menos intensa en la tierra que en el mar; su desencadenamiento fué tambien feroz alrededor del niño. El débil y el inocente son atacados, como el criminal y el fuerte, por el derroche inconsciente de las fuerzas ciegas, que no conocen la clemencia. El viento apenas agitaba la tierra; el frío tenia no sé qué de inmóvil; no caía granizo, pero sí nieve, y espesamente. El granizo ensordece, hiere, estrella y mata, pero los copos de nieve son peores; el copo cae con suavidad y trabaja en silencio; si se le toca se deshace; es puro como el hipócrita es cándido; con sus leves blancuras superpuestas, el copo llega á formar la avalancha, como el hombre falaz llega al crimen.

El niño continuó avanzando entre la niebla. La niebla es un obstáculo blando, y de esto nacen sus peligros; cede y persiste; la nieve como la niebla son traidoras. El niño, extraño luchador en medio de tantos riscos, consiguió ganar la parte baja de la pendiente y entró en el Chess-Hill. Estaba, sin saberlo, en un istmo, teniendo á las dos partes el Océano y no pudiendo equivocarse el camino, de noche y entre la bruma y la nieve, sin caer, por la derecha en el agua profunda del golfo, y por la izquierda en las olas violentas de alta mar. Ignoraba que andaba entre dos abismos.

El istmo de Portland era en esta época singularmente áspero y rudo; hoy ya no conserva su antigua configuracion.

Desde que se tuvo la idea de explotar las piedras de Portland como cemento romano, las rocas sufrieron un retoque que las hizo perder el aspecto primitivo. Se encuentran aun allí la calcárea lian-cha, el schiste y la losilla, saliendo de los bancos de piedra; pero la azada ha roto y nivelado los pitones erizados y escabrosos donde se posaban las terribles asifragas (1). No existen ya las cumbres ricasas y puntiagudas. En vano se buscará hoy allí el alto monolito llamado Godolfin, palabra gala, que significa *águila blanca*. Se recogen aun en el verano, en terrenos agujereados como las esponjas, el romero, el poleo, el hinojo de mar, que puesto en infusion es un buen cordial, y esa yerba llena de nudos que sale de la arena y de la que se hace estera; pero ya no se recoge allí ni el ámbar gris, ni el estaño negro, ni la especie triple de pizarra verde, azul y de color de hojas de salvia. Han desaparecido de allí los zorros, los tejones, las nútrias y las martas; en las escarpaduras de Portland, como en la punta de Cornoailles, habia gamos, pero tampoco ya los hay. Se pesca allí todavía en ciertos sitios plati-
jas y otros peces; pero los salmones, enfurcidos, se han ausentado de allí. Ya no se ven, como en el reinado de Isabel, aquellos antiguos pájaros desconocidos, grandes como gavilanes, que partían una manzana por el medio y solo comían pepinos. Ya no se ven aquellas cornejas de pico amarillo, que tenían la malicia de arrojar sobre los techos de las cabañas sarmientos encendidos. Ya no se vé al pájaro brujo, emigrado del archipiélago de Escocia, que arrojaba por el pico un aceite que los insulares quemaban en sus lámparas. La marea ya no arroja allí entre sus arenas al otario, que tiene las orejas rolladas, las muelas puntiagudas y que se arrastra sobre patas sin uñas. En el Portland de hoy, desconocido, no existen ruiseñores, porque carece de bosques, y se han ausentado tambien los halcones, los cisnes y las ocas de mar.

El Chess-Hill de hoy en nada se parece al Chess-Hill antiguo: tanto lo han trastornado el hombre y los furiosos vientos de los Sorlingues, que roen hasta las piedras.

Hoy día esta lengua de tierra tiene un *railway* que desemboca en un hermoso tablero de casas nuevas que se llama Chesilton, en el que hay una *Portland-*

(1) Especie de águilas.